

**VAYAN POR TODO EL MUNDO Y  
ANUNCIEN LA BUENA NOTICIA A TODA LA CREACIÓN**

Homilía del P. Provincial  
Exequias P. Gonzalo Arroyo Correa S.J.  
Iglesia San Ignacio, 22 de mayo de 2012

El domingo, día en que celebramos la ascensión del Señor, en que Jesús, llevando nuestra humanidad, vuelve a su Padre, el Evangelio nos decía “Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena noticia a toda la creación”. Qué mejor momento para que Gonzalo recogiera su vida y en ella sus luchas, levantara sus brazos y se entregara definitivamente al Padre. En medio del sopor, con los signos vitales muy leves, terminando ya una agonía que fue breve y calmada, un minuto antes de morir, abrió los ojos, levanto sus brazos y luego expiró. Como quien parte a una nueva misión, optimista, con entusiasmo.... Así partió, literalmente levantando sus brazos antes de morir, como lo hacía para celebrar un gol de la Católica, un buen revés del “Chino” Ríos, para enfatizar una idea con convicción o para dar un abrazo al que llegaba a verlo. A cuántos de nosotros nos ha extendido los brazos para recibirnos, acogernos, agradecernos o simplemente querernos. Este hombre cargado de historia, de grandes pasiones y amores, luchador incansable, lúcido y esperanzado hoy se funde en un abrazo con su Señor al que consagró su vida entera.

Esta tarde recogemos su historia, una historia que ha estado profundamente entrelazada con la realidad de nuestro país, una historia marcada por el Padre Hurtado que le cambió la vida, como solía decir, que lo acercó a Jesús a quien se consagró como religioso y sacerdote; una vida empeñada en múltiples búsquedas, comprometida con cambios estructurales que hicieran de nuestro país uno con mayor justicia y equidad, con años de exilio doloroso y fecundo en Francia y en México; la vida de un sacerdote apasionado y tan cercano, amigo y compañero de tantos y tantas: su familia, los amigos del MAPU, los del exilio, los de la Villa Francia, los empresarios, los de la Universidad Alberto Hurtado: con orgullo y sencillez reconocía que “los hermanos y hermanas a quienes he dado mi tiempo son muchos”.

En la misa en que celebró sus cincuenta años de Jesuita Gonzalo decía: “Si yo examino mi vida religiosa, y las misiones encargadas por mis Superiores, caigo en la cuenta que el Espíritu me ha conducido por diversos caminos y avatares a través de los acontecimientos, a veces dramáticos, que han marcado los últimos cincuenta años en nuestro país y en el mundo.” Celebraba, como nosotros celebramos hoy “una vida abigarrada, con luces y sombras, pero que en suma la he vivido plenamente, con entusiasmo y mucha realización personal. Y doy razón de ella a Dios porque Él se ha dignado colmarme de tantos dones inmerecidos durante tantos años, pese a mis infidelidades.”

Para este hombre entusiasta, tenaz, con poco miedo al fracaso, capaz de levantarse una y otra vez, sonriente y delicado, comprometido con la lucha que tuviera por delante, el mundo era su casa y el evangelio una Buena Noticia para todos. Con unos luchó, a otros los animó, siempre acogió, a todos se entregó. Un hombre libre que siempre evolucionó, que no se dejó desanimar, que luchó por su vida hasta los últimos días al mismo tiempo que decía que estaba entregado.

Agradecemos la vida de un luchador con un fuerte sentido social. Un sacerdote que no tuvo miedo del compromiso político. Todo lo que le sucediera al país le interesaba: el mundo del trabajo, tanto sindical como empresarial, el mundo campesino y poblacional, el mundo político y eclesial. Ingeniero agrónomo como era, colaboró decididamente con la reforma agraria. Quiso que los cristianos, sacerdotes incluidos, fueran parte del proceso de transformación: lideró al grupo de los 80, a los 200, a los cristianos por el socialismo, compromiso no exento de tensiones con su propio obispo, don Raúl Silva Henríquez. Compartió los ideales de una generación, acompañó a tantos de ustedes. Padeció el fracaso, el exilio, la persecución de muchos de sus amigos. Reflexionó lo vivido, hizo la autocrítica, renovó y readecuó sus ideales. Volvió para colaborar en la reconciliación, en la profundización de la vida democrática, en la responsabilidad social de los empresarios, en una universidad que fuera inclusiva.

Agradecemos la vida de un hombre con una clara vocación intelectual. Un sacerdote escritor, académico, profesor, ávido lector, siempre al día, comentando el último libro. Colaboró en muchas instituciones: en el Centro Bellarmino, en Mensaje, la Universidad Católica, ILADES. Enseñó en centros universitarios laicos de Chile (Universidad de Chile, Sur Profesionales) y del extranjero durante su exilio (Universidad de París VII y X, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México D.F.). Como al volver a Chile quiso seguir enseñando, no encontró nada mejor que fundar una universidad.

Agradecemos la vida de uno que fue aprendiendo a ser pastor desde sus primeros años cuando confesaba los domingos en la Iglesia del Salvador vecina al Centro Bellarmino, de un sacerdote que se ocupó con cariño de atender a tantas comunidades eclesiales de base en la Iglesia de Santiago (en San Miguel, Villa Portales, Las Viñitas de Cerro Navia y los últimos años la Comunidad de Cristo Liberador de Villa Francia), que acompañó a la Comunidad que se le confiara en Francia, la comunidad de Saint Merri, de latinoamericanos y chilenos cristianos en el exilio, y que atendió como sacerdote y amigos a muchos de los que estamos aquí esta tarde.

Gonzalo, la Compañía de Jesús te agradece por que nos has ayudado a ensanchar las fronteras de nuestra vocación de jesuitas, a comprender que en el sacerdocio cabe todo, que nada le es ajeno al corazón de un hombre generoso, por que nada es ajeno al corazón de Dios. Has hecho más ancha la iglesia y has permitido que muchos de los que estamos aquí quepamos en ella. Nos has acompañado en nuestros itinerarios sin dejar de recorrer el tuyo propio. Agradecemos tu pasión política, tu reflexión intelectual, tu cercanía pastoral.

Hoy los jesuitas recogemos el apostolado social en tres palabras que Gonzalo hizo suyas a lo largo de su vida: inserción, reflexión, incidencia. Fue el deseo de inserción, de cercanía a los más pobres, lo que lo llevó a irse a vivir a una población y, con permiso de sus superiores, a dejar su comunidad del Bellarmino en 1968, con “la idea de crear una comunidad de inserción compuesta de jesuitas y laicos en familia como signo anticipatorio de un mundo nuevo y una rebeldía no violenta en rechazo de las injusticias”; fue su vocación intelectual la que lo llevó a reflexionar siempre, a leer incansablemente, a buscar siempre, a unir acción y reflexión; fue su empeño por incidir, por influir, por transformar que lo impulsó a comprometerse políticamente, a querer transformar las estructuras, a trabajar con campesinos, con políticos, con empresarios.

Vamos a necesitar tiempo para terminar de comprender esta vida que hoy despedimos agradecidos. Supo unir demasiadas cosas que a nosotros nos tensionan y a menudo nos parecen contradictorias: fe y justicia; piedad sencilla y estudio riguroso; servicio pastoral y compromiso político; acción y reflexión; dureza, determinación, convicción para defender sus puntos de vista y ternura afectiva de niño bueno con sus amigos; idealismo, entusiasmo, optimismo a toda prueba y realismo, pragmatismo, sentido de lo posible.

Fue capaz de auscultar los signos de los tiempos, de responder a los desafíos que tiene delante, de no quedarse prisionero del pasado. Muchos pueden quedar desconcertados: ¿como este hombre que acompañó con tanta convicción a toda una generación que buscaba las posibilidades de vincular cristianismo y socialismo, que se enemistó con tantos por colaborar con la reforma agraria, fundó un MBA y se dedicó a la responsabilidad social de los empresarios? Lo explica con sencillez en la prédica de los cincuenta años “Mi trabajo intelectual y académico se centra hoy en la misma búsqueda de un desarrollo más humano y con mayor equidad que permita superar la pobreza de nuestros hermanos chilenos. Sin embargo, a partir desde 1996 sigo enseñando pero poniendo más énfasis en los aspectos éticos de las empresas y de la economía que hoy sufren profundas transformaciones en esta era de redes virtuales.”

La globalización en que vivimos no le era ajena, uno diría que se sentía cómodo en ella. Sabía que si bien pertenecemos a un mundo globalizado, debemos ser lúcidos acerca de los profundos cambios culturales que implica y de las nuevas formas de comunidad cristiana que requiere. Decía que la globalización no es un fenómeno fácil de comprender y que era difícil saber a donde camina. Se preguntaba: ¿Hacia donde nos llevan las nuevas tecnologías y las transformaciones científicas? ¿Está Cristo presente en este mundo globalizado, donde hay tantos pobres y aún países excluidos del fruto del crecimiento económico, que además sufren hambre, la enfermedad y la violencia? ¿Está presente donde el individualismo y consumismo exacerbado se confunde con la libertad? Estas y otras preguntas las refería a sus llamados y decía que era como si oyese al Padre Arrupe decirle “el servicio de la fe y la promoción de la justicia en esta sociedad global provoca nuevos desafíos pero también ofrece nuevas oportunidades a los seguidores de Jesús”.

Del Grange a la Compañía de Jesús, del sacerdocio al socialismo, del socialismo a la renovación, del exilio y el fracaso a la globalización, intentando comprender los cambios y de nuevo a la economía, ya no agraria sino empresarial. En todo este itinerario, cercano, disponible, amigo de sus amigos. Podemos también decir que todo en su vida estaba marcado por las relaciones personales y daba gracias por la amistad y apoyo que le daban, por la posibilidad de colaborar con otros en tantos proyectos y realizaciones. Daba gracias a su familia, a sus hermanos jesuitas, a sus colegas profesores, a los dirigentes sociales, empresariales y políticos, a las comunidades populares y agentes pastorales.

Gonzalo que nunca dejaba de dar gracias siempre le encontraba la vuelta a las cosas para mantener la esperanza, su optimismo que animaba a muchos y a ratos desconcertaba. Sin desconocer el llanto y el dolor que le provocó el exilio era capaz de “dar gracias al Señor por esta experiencia profundamente humana que vivimos los años del exilio”. Soñó como muchos un país más justo y equitativo, puso su vida y

empeño en esto, lloró y sufrió los quiebres y dolores de nuestra historia reciente, y en la situación actual del país miraba con esperanza los movimientos sociales y estudiantiles.

Con la misma entereza con que luchó toda su vida, se entregó en su muerte. Tenía muy claro que ella estaba cerca y se preparó, la acogió con disponibilidad y no se quejó mayormente. Esta vez sintió que casi todo estaba cumplido. No así cuando llegó del exilio y le descubrieron un cáncer al que no le dio ninguna oportunidad, lo mantuvo a rayas y el cáncer no pudo con su energía. Pero ahora estaba dispuesto, uno lo visitaba debilitado y él agradecía la visita, sonreía, pedía que le contaran de la Universidad que tanto quería, de la Compañía, de su comunidad, comentaba los últimos acontecimientos del país. Enfrentó la muerte con paz y resignación, ya no tenía fuerzas para ir todos los días al Bellarmino, a la Universidad o la Villa Francia, tampoco alcanzaría a terminar el comentario del libro del mes para Mensaje, solo quedaba esperar el encuentro definitivo con el Padre.

Al terminar uno de sus retiros Gonzalo recogía su oración en palabras que hoy pueden ayudarnos a entender sus pasiones y luchas y animarnos en las nuestras. “Terminé convencido que tenemos una tarea ingente que realizar y que ciertamente, desde la fe en la fuerza de Cristo, los cristianos debemos seguirlo *en este universo que gime y sufre dolores de parto y no solo el universo, sino nosotros mismos*. El Padre Alberto Hurtado decía: “Se va lejos, después que se está fatigado. La gran ascética es no ponerse a recoger flores en el camino. El sufrimiento, la cruz es sobretodo permanecer en el combate que se ha comenzado a librar. Esto es lo que mas configura con Cristo”

A Dios sea el honor y la Gloria por los siglos de los siglos.